

# ¿Qué Debiera Yo Haber Hecho Diferente?



“Si tus hijos fueren pequeños otra vez, ¿qué harías tú?”

Estas palabras brotaron del corazón de un padre con quien hablaba y quien sentía haber fracasado con sus hijos.

No es la pregunta de un solo padre. Es la pregunta predominante en la mente de muchos padres y madres que toman en serio su paternidad. He meditado sobre esta pregunta y algunas ideas se me han presentado.

Primeramente, si yo estuviera principiado de nuevo la crianza de mi familia, amaría más a la madre de mis hijos. Es decir, dejaría que mis hijos vieran que yo la amaba. Tendría mayor cuidado en servir la mesa, regalarle regalitos en ocasiones especiales y escribirle cartas de amor al encontrarme ausente de la casa. La tomaría de la mano al salir de paseo por la calle. Le elogiaría en la presencia de mis hijitos. El niño que sabe que sus padres se quieren, goza de una seguridad y estabilidad en la vida que no se logra de alguna otra manera (Efesios 5:25).

Segundo. Escucharía más atentamente a mi hijito. A la mayoría de padres les cuesta escuchar o prestar atención a sus hijos. Se encuentran preocupados con las cargas y penas del trabajo y al fin del día se encuentran demasiado cansados para escuchar y atender cosas triviales de niños.

Pero yo escucharía atentamente cuando mi hijito quisiera compartir conmigo sus dolencias, penas y gozos. Haría lo posible para no mostrar impaciencia por sus muchas y frecuentes interrupciones. Momentos como estos en la vida del niño son los más apropiados para mostrarle amor y benignidad.

Una noche, un niño intentó mostrarle a su padre un raspón en un dedito. Al fin, después de repetidos intentos de ganar la atención de su padre quien se encontraba leyendo el diario, su padre detuvo su lectura y con impaciencia le digo: “Bueno, hijo. ¿Qué quieres que yo haga? Nada puedo hacer, ¿verdad?”

“Sí, Papaíto. Por lo menos puedes decir: ‘¡Oh, Chulito!’”

Haría un intento para entender lo que mi hijito me dice hoy porque el padre que escucha a su hijito en su niñez descubrirá que sus palabras y consejos tendrán valor para su hijito en los años venideros.

Y al escuchar, yo prestaría más atención y pondría mayor importancia a las preguntas de mi hijito. Se calcula en promedio que el hijo antes de cumplir sus 15 años, haya hecho 500,000 preguntas. ¡Qué gran privilegio les toca a los padres, oportunidades innumerables para compartir con el hijo algo acerca del significado de la vida y acerca de nuestra dependencia de Dios! (véase Deuteronomio 6:6-7).

Tercero. Buscaría oportunidad para hacer que el niño sintiera ser miembro del grupo. Si él siente que es miembro de la familia y que sus servicios y presencia en ella valgan algo, no es gran paso que tiene que dar para llegar a sentirse amado y querido y que sus servicios y presencia sean importantes, sea en la familia de su padre o en la familia de Dios.

El niño siente que de veras pertenece a la familia cuando comparte con otros las responsabilidades y trabajos del grupo. Celebrar el cumpleaños, haciendo que sea la persona la que valga

y no el regalo, esto crea el sentimiento de pertenecer al grupo. El mismo sentimiento se imparte al niño cuando oye que alguien está orando por él. Ninguna parte de la crianza del niño es tan importante como asegurarle, sea por hechos o por palabra, que a él le corresponde un lugar en los afectos de la familia. (Véase Salmo 127:3).

En cuarto lugar, expresaría palabras de aprecio y elogio más frecuentemente. Muchos niños jamás o raras veces reciben palabras de elogio, aprobación y ánimo por las tareas bien hechas o por buena conducta.

Guillermo Sessions al hablar sobre el tema: *Si tuviera un jovencito en mi casa*, dijo: “Le felicitaría frecuentemente. Si el joven tacara trompeta, haría lo posible para hallar por lo menos una nota que se oyera agradable, y por ello ofrecerle una sincera felicitación. Si a mí me gustara el tema que él escoge para su composición en la escuela, se lo diría”.

Probablemente nada enseña al niño a amar la vida, esforzarse para lograr el éxito y ganar confianza, como felicitaciones sinceras cuando él actúa bien. (San Mateo 18:10).

En quinto lugar. Pasaría más tiempo a solas con él. Un grupo de 300 muchachos de edades de pre-vocacionales, llevó la cuenta del tiempo que sus padres actualmente pasaron en compañía con ellos. La mayoría no veía a sus padres salvo en la hora de la comida de la tarde. Buen número ni veía a su padre durante varios días enteros. Como promedio el padre y su hijo se hallaban solitos junto durante siete minutos y medio a la semana. (Véase Efesios 5:16).

En sexto lugar. Si yo pudiera comenzar de nuevo con mi vida de familia, me reíría más con ellos. ¿Reírme más? Sí, reírme más.

Recuerdo las veces que reía con mis hijitos. Me reía de los “dramitas” que presentaron para la familia, de las historias y cuentos divertidos que contaron de sucesos en la escuela, de las veces que yo me caía víctima de sus trucos, travesuras y bromas. Tengo presente sus gritos de gozo, gusto y placer cuando participé de sus juegos y acrobacia en el jardín de la casa o en el piso del cuarto de estar. Sé que al reírme con ellos, nuestro cariño y amor se estrechaba y otra puerta se abría para hacer muchas otras cosas juntas. (Véase Proverbios 17:22).

De alguna manera, logramos tiempo y fuerzas para atender las cosas grandes de la vida, pero nos olvidamos que la vida en su mayor parte se compone de las cositas. La fidelidad con que el padre atiende las cositas, determina la medida de la felicidad de los hijos, y no solamente eso, sino influye mucho en la orientación de su vida espiritual.

El mejor padre es aquel que conoce a Dios, nuestro Padre Celestial. Solamente Jesucristo provee y establece esta relación. Solamente Cristo puede decir: “**Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí**” (Juan 14:6). Cuando, cual niño, ponemos nuestra confianza en Cristo, cuando creemos que solamente su muerte y resurrección no pueden traer perdón, entonces llegamos a ser parte de la familia de Dios. Y en este momento recibimos mayor capacidad para ser buenos padres, porque hemos ganado acceso a los recursos ilimitados de Dios, el Padre Celestial.

*de Juan Tres Dieciséis*

Sacado de un tratado en *Faith Missionary Praises*.